

proviene de la mezcla de los elementos malos. 4.º La teodicea de los elkesaitas es rigurosamente monoteísta; sostiene en oposición con la gnósis pagana, que el Dios supremo es al mismo tiempo el Creador del mundo. Dios forma indirectamente el mundo, que es su cuerpo, por medio de su sabiduría que le sirve de instrumento. 5.º El Cristianismo y el mosaísmo, única religión primitiva, son idénticos en las cosas esenciales. El verdadero profeta es quien los ha dado á conocer. La gnósis que él facilita es muy estimada por los elkesaitas; no se niega la necesidad de las buenas obras que el hombre puede cumplir con el libre ejercicio de su voluntad, y no se ataca la autoridad eclesiástica.

En esta polémica contra la gnósis pagana, no se afirma solamente la identidad entre el Criador del mundo y el Dios supremo; se combate también de una manera particular á la doctrina de Marción, y se trata igualmente de otros sistemas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 139.

a. Sobre Jesucristo, Phil., IX, 14: *πολλὰς γενήσεται καὶ γενόμενοι παρῆνοι καὶ φύσθη, ἀλλὰ πάντα γενήσεται καὶ μετανοηματούμενοι* (pitagórico); Hom., III, 20: *ἀπ' ἀρχῆς αἰῶνος ἦμα τοῖς ὀνόματι μορῆς ἀλλάστων*; Epiph., Har., LIII, 1: *αἱ τοιαυτῶν γενήσονται*; Phil., X, 29: *αἱ ἐν σώματι μετατρέψονται κ. τ. λ.*

Los elkesaitas distinguen el Cristo de la altura y el Cristo de la región inferior (Phil., X, 29, p. 331; Theod., loc. cit.), como los valentinianos (Iren., I, 7, 2), pero no parece que difieren realmente entre sí; el Cristo terrestre no es sino la manifestación del celeste. Como los seres superiores no pueden ser visibles á los sensitivos sino por medio de cuerpos (Hom., XVII, 16), Dios ha tomado un cuerpo á causa de los hombres (ibid., cap. VII; Baur, p. 328); el verdadero profeta Jesucristo ha aparecido constantemente con un cuerpo, y lo que es más, con el cuerpo de Adán (Epiph., Har., LIII, coll. 30, 3; Ritschl, p. 223). Las desviaciones de las Recogniciones son poco sensibles y revelan aquí también una atenuación de la doctrina. Ritschl, p. 213, n. 1. Se admiten igualmente aquí diversas apariciones de Jesucristo. Rec., II, 22 col.; Hom., III, 20; Rec., VIII, 59. La divergencia de criterios notada por Ritschl, p. 185, en estos pasajes, no es demostrable; porque el *nos* de la Rec., II, 22, se aplica evidentemente á los hombres, como lo muestra *enim*, que se refiere á lo que precede y no á los apóstoles y á los fieles. La identidad de Adán y de Jesucristo, que Mar. Victorino atribuye á los simaquiianos, y San Epifanio, Har., xxx, 3, á algunos ebionitas, está formalmente enunciada en la Rec., I, 45, 47, 60; Hom., III, 20 et seq.; VII, 10; Ritschl, p. 200. Este Cristo reviste á Adán y le despoja para tomarle de nuevo según las circunstancias (Epiph., Indic. her., t. II, lib. I, n. 10). A la pregunta de Clemente sobre la salvación de los que habían muerto antes de la venida de Jesucristo, Pedro responde, Rec., I, 52: «Christus, qui ab initio et semper erat, per singulas quasque generationes piis, latenter licet, semper tamen aderat, his praecepit, a quibus expectabatur, quibusque frequenter adfuit.»

b. Doctrina de las syzygias, Hom., II, 15-18, 33; III, 16 et seq., 22, 27, 59; Rec., III, 55 et seq., 59, 61; VIII, 51. Esto se halla conforme con la siguiente palabra

citada por Clemente, Strom., III, 9, según el Evangelio de los egipcios usado en los círculos de los herejes: *ἴθωοι καὶ ἀποστολὴ τὰ ἔργα τῆς θηλείας*. Véase Ritschl, página 228.

Sobre Jesucristo y el Espíritu Santo, Phil., IX, 13; Epiph., Har., LIII, 1.

c. Epiph., Har., xxx, 16; Rec., III, 52; IV, 25; V, 9; VIII, 52; IX, 4; Hom., VII, 21; xv, 7, 9. Cf. Philos., IX, 16.

d. Rec., I, 17; VI, 7 et seq.; Hom., XVI, 12. Se puede también dudar que el *πρόβλημα*, Hom., XIX, 12 et seq., y otros, haya de entenderse siempre según lo sostenían Baur, p. 322 y sig., y Ritschl, p. 218 y sig., en el sentido de la doctrina emanatista. En la Hom., III, 32, Dios es llamado *ὁ τὰ μὲν ὄντα ἐκ τῶ ἐνθα εὐστραφῆμος, ὑπὲρ τὸν δημιουργισμὸν κ. τ. λ.*; aquí *creatio prima* y *creatio secunda* están reunidas. El *κοσμορθεῖς ὑπὸ γένον θεός*, Hom., III, 17, 20, y lo que se dice de la semejanza divina no son decisivos. Ritschl, p. 196 y sig., reconoce también que el dogma de la creación, tomado de los escritos de Salomón por las Recogniciones: *Ἐπεὶ μὲν τὴν τῶν ἁγίων ἀρχὴν συμπροῦσαν ἡμῶν* no sin dificultad alguna y que lo mismo se ve en los círculos judeo-cristianos. Theod., loc. cit.

e. Hom., VII, 6 et seq.; Rec., IV, 5, col. 1, 39. La gnósis Hom. IX, 14; Rec., II, 69; V, 4 et seq., 8; IX, 31.

El «verdadero» mosaísmo, tal como lo exponen, por ejemplo, los *ἀναβαθμὸν Ἰσραήλ* (Epiph., Har., xxx, 16 (sin el culto del sacrificio), debe separarse aquí del mosaísmo farisaico y no del mosaísmo esenio.

§ 5. La reacción neoplatónica y la reacción católica.

Adversarios neoplatónicos de los gnósticos.

ADVERSARIOS CATÓLICOS.

140. Los errores de la gnósis helenizante fueron también combatidos, de una parte, por los neoplatónicos del paganismo, y de otra por los autores cristianos. Los primeros no admiten, en efecto: *a*, que se multipliquen los seres fundamentales (según ellos, no puede haber más que tres); *b*, que el elemento espiritual pueda rebajarse hasta una semejanza completa con el elemento sensible; *c*, que se pueda despreciar al mundo sin contradecir á la razón, porque ni el mundo ni su arquitecto son malos. *d*, Combaten también algunas de las principales ideas gnósticas, como los sufrimientos de la Sabiduría (Sophia); *e*, las reglas de la vida práctica y la inmoralidad reinante; *f*, la falsa interpretación de Platon. A pesar de esto, la diferencia entre Plotino y los gnósticos, especialmente Valentino, no es más sensible que la que existe entre los gnósticos.

Los autores eclesiásticos combaten á los gnósticos, ya con la Escritura y la enseñanza de la Iglesia, ya con principios filosóficos y especialmente con la metafísica y la moral. Demuestran: *a*, que la doctrina católica está conforme consigo misma en todos los puntos, mientras

que las sectas se hallan desunidas y despedazadas; *b*, que la mayor parte de los sectarios llevan vida disoluta y desenfrenada, y profesan principios inmorales; *c*, que sus doctrinas tienen carácter y origen paganos, y tienden á la eliminacion completa de todo elemento cristiano; *d*, que sus principios son insostenibles y están llenos de contradicciones, especialmente en cuanto separan del Dios supremo á la creacion, atribuyen las lagunas de ésta á imperfecciones de su Autor, admiten un progreso infinito, humanizan la divinidad (antropomorfismo y antropopatismo), conciben mal la relacion que existe entre el mundo ideal y el mundo sensible, y degradan al Redentor y al Dios altísimo imputándoles las ilusiones de los hombres, sus falsas y erróneas opiniones; *e*, que las pruebas que sacan de las cartas y de las cifras, son insostenibles; que interpretan mal las Escrituras, alegan libros apócrifos, y no se apoyan más que en un pequeño número de tradiciones secretas, de mitos paganos, etc.

Muestran, por el contrario, la perfecta conveniencia de los dos Testamentos, el fin y la realidad de la Encarnacion, la credibilidad universal de los documentos conservados en la Iglesia y de su doctrina tradicional, la sublimidad del culto establecido por Jesucristo, sobre todo del Eucarístico, la fuerza demostrativa de la sucesion apostólica y de los dones de la gracia que se continúan en el seno de la Iglesia. A la falsa gnósis oponen la gnósis verdadera, la gnósis eclesiástica, que reposa sobre la fe y demuestra que el verdadero cristiano, perfecto en la teoría como en la práctica, es tambien el verdadero gnóstico. Los hombres más eminentes de la Iglesia combatieron la falsa gnósis en sus escritos y lecciones verbales.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 140.

Plotin., Ennead., II, lib. IX, *πρὸς τοὺς ἰουδαίους*. De los autores cristianos no tenemos desgraciadamente ni la Syntagma de Justino contra todas las herejías (Apol., I, 26; Euseb., IV, 11), ni muchos otros escritos preciosos de Meliton, Agr. Castor, etc. Las obras que nos quedan se completan á menudo las unas con las otras: *a*, Iren., libri V Adv. har.; Tert., De praescr.; *b*, Clem., in Strom.; véase Baur, p. 489 y sig.; *c*, Hippol., Philos.; *d*, Iren., II, 1 et seq.; Tert., Adv. Val., Contra Marcion., De carne Christi, etc.; Orígenes en muchas homilías; *e*, Iren., Orig., Tert.; *f*, Iren., I, 10; III, 1 et seq.; V, 1 et seq.; Clem., Strom., VII, 17 et seq. Sobre la gnósis cristiana, Clem., Strom., I, 20; II, 2, 4, 6; VII, 10. Bello pasaje, Iren., IV, xxxiii, 8: la verdadera gnósis es *ἡ τῶν ἀποστόλων διδαχὴ καὶ τὸ ἀρχαῖον εἰς ἐκκλησίαν εἶδημα*.

§ 6. El maniqueísmo.

141. La gnósis helenizante tuvo su pleno desarrollo en el curso del segundo siglo y en los principios del tercero; pasado este tiempo, no revistió ya forma nueva. Sin embargo, tuvo su repercusion en el maniqueísmo, llamado la gnósis persa, el cual parecia proponerse constituir una religion popular con el dualismo persa y el Cristianismo entendido á la manera de los gnósticos. Esta religion habia de implantarse desde luégo en el imperio de los persas, que se levantaba vigorosamente bajo las Sassanidas y tan frecuentemente se habia mezclado en las luchas con los Emperadores romanos, y propagarse despues por las otras partes del mundo. Era una amalgama de ideas búdicas, persas y elkesaitas. El contacto de estas ideas con la civilizacion de los sistemas religiosos del Occidente, produjo poderosa fermentacion en los espíritus.

Sobre el fundador de esta religion nueva, reina gran divergencia entre los datos de los griegos y los de los occidentales. Conviene, sin embargo, en que este fundador, cuyo nombre era Mani, sufrió hácia el 277 ignominiosa muerte por órden del rey de los persas. Segun los occidentales, se llamaba Cubriens, esclavo emancipado, que habia heredado de Scythiano, mercader sarraceno, contemporáneo de los apóstoles, cuatro libros de religion procedentes de Terebinto ó Buddas, discipulo y sectario de este mercader. Habria tomado en Persia el nombre de Manes y habria trabajado sobre la doctrina contenida en estos libros. Acogido favorablemente al principio en la corte de los persas, fué cargado de cadenas y encerrado en una prison por haber fracasado en la curacion de un príncipe que un exceso de confianza le habia llevado á emprender. Recibió allí la visita de tres jóvenes Abdas ó Buddas, Herméas y Tomás, á quienes habia hecho otras veces viajar; manifestóle que en ninguna parte habian encontrado tanta resistencia como entre los cristianos, de quienes procedian los libros que le presentaban.

Manes los leyó ávidamente y resolvió explotar en provecho suyo los pasajes concernientes á la promesa de un consolador. Consiguió, á fuerza de dinero, salir de su prison, llegó á Mesopotamia é intentó por medio de sus discípulos y con sus escritos ganar á los cristianos; pero tuvo que aceptar una controversia con Arquelao, Obispo de Cascar, y fué vencido. No tardó mucho en caer en manos de los soldados del rey de Persia que le hizo desollar vivo.

Segun las narraciones persas, por el contrario, Manes habria sido el descendiente de una ilustre raza de mágicos, se habria distinguido como sabio y como pintor, y luégo, cristiano y sacerdote, habria sido expul-